



EL BICHO
DE BELHOME
Y OTROS RELATOS DE
DOLOR Y DEMENCIA

GUY DE MAUPASSANT



Belhome se duele de un bicho que le come por dentro la cabeza. Tónico es un tabernero obeso y borracho que empolla huevos de gallina debajo de sus enormes brazos. El marinero Javel ha de cortar tranquilamente los últimos tendones que mantienen unidos su brazo y su hombro. Ulrico Kungsi, aterrorizado, fortifica un refugio entre la nieve para que no entren los muertos. Maupassant, colocado alternativamente en los dominios de la lucidez y de la alucinación, fotografía en estos extraordinarios cuentos la realidad del dolor y de la locura.



Guy de Maupassant

El Bicho de Belhome y otros relatos de dolor y demencia

ePub r1.0
Titivillus 20.06.16

Guy de Maupassant, 1999
Traducción: Carlos de Batlle

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



SALA DE ESPERA

«GUY DE MAUPASSANT, con su afilada y mordaz ironía, con su duro y vivo estilo, arranca a la vida los pocos miserables trapos que todavía la cubren y nos enseña la sucia llaga y la infecta herida». Eso dijo Oscar Wilde de quien fue su contemporáneo. Y nosotros, que no lo somos, aguardamos ante cualquiera de sus cuentos a que Maupassant diagnostique las dolencias de nuestra condición humana.

Su obra se lee como si se hubiera escrito ayer. Sin embargo, nació hace 150 años en Normandía, conoció a Flaubert y a Zola y publicó unos trescientos relatos y seis novelas. Desconocido a los treinta años, toda Francia sabía quién era al cumplir los treinta y dos. Diez años después ya estaba muerto. Y, mientras tanto, había rehusado varias veces el ingreso en la Academia Francesa y la Legión de Honor.

Sus cuentos apenas tienen antecedentes literarios. La mayoría fueron publicados en periódicos, esperados por sus lectores e imitados por quienes ansiaban su éxito, un éxito que quizá nuestra sociedad actual no entendería. Son cuentos sobre la soledad, la incompreensión, la locura, la crueldad, escritos con un lenguaje sobrio y riguroso. La mirada de Maupassant fotografía el comportamiento humano a través de un realismo que, según él mismo definió en el prólogo de su novela *Pierre et Jean* (1888), intenta dar una visión de la realidad «más convincente aún que la propia realidad». Y sus imágenes quedan impresas en las películas que son las páginas de Maupassant. Son fotografías levemente movidas. Al tomarlas con su cámara de voces, la mano de Maupassant tembló de angustia o de risa o de horror.

Una cuidada observación precedía la composición de cualquiera de sus relatos, que no escribía hasta tenerlos bien terminados en el cerebro. Apenas se encuentran tachaduras en los manuscritos de este escritor que tanto trabajaba un estilo depurado y muy difícil de conseguir por los más hábiles. Frente a muchos de sus contemporáneos, Maupassant nunca hizo ostentación en su obra de su capacidad literaria. La literatura no estorbó su literatura.

Vivió 42 años. Los dos últimos fueron de demencia. Sufría alucinaciones y desdoblamientos de la personalidad. En enero de 1892, tomó una cuchilla de afeitar e intentó degollarse. Dieciocho meses después, la muerte paralizó su cuerpo en un manicomio de París.

Los cuentos que se recogen aquí pertenecen a diferentes libros publicados en vida del autor: *Contes de la Becasse* (1883), *Monsieur Parent* (1885), *Toine* (1886) y *El horla* (1887). Sus protagonistas son imposibles de olvidar: Belhomme se duele de un bicho que le come por dentro su cabeza. Tónico es un tabernero obeso y borracho que empolla huevos de gallina debajo de sus enormes brazos. El marinero Javel ha de cortar impasible los últimos tendones que mantienen unidos su brazo y su hombro. Ulrico Kungsi, aterrorizado, fortifica un refugio entre la nieve para que no entren los muertos.

Maupassant, colocado alternativamente en los dominios de la lucidez y de la

alucinación, fotografía tanto la realidad como los fantasmas. Son fantasmas interiores. Son los hombres de su tiempo. Pero hoy día también nos movemos inquietos, sentados en la sala de espera, aguardando a que *Monsieur* Maupassant fije su atención sobre nosotros.

Ernesto Pérez Zúñiga

EL BICHO DE BELHOMME

LA DILIGENCIA DE El Havre^[1] se disponía a salir de Criquetot, y en el patio del hotel del Comercio, cuyo propietario era Malandain hijo, todos los viajeros esperaban a que los llamasen por su nombre.

Era un carruaje amarillo, montado sobre ruedas amarillas también en otros tiempos, pero que el barro acumulado había teñido de gris; y si las de delante eran pequeñas, las de detrás eran altas y frágiles y sostenían, grotesco y abultado, algo que parecía el vientre de una bestia deforme. Tres pencos blancos, que a primera vista llamaban la atención por sus enormes cabezas y sus redondas rodillas, arrastraban la diligencia que, por su estructura, semejava un monstruo. Y los caballos, enganchados al extraño vehículo, parecía que dormían.

Cesáreo Horlville, el cochero, era un hombrecillo ventrudo y sin embargo flexible y ágil, a causa de la constante obligación de encaramarse al pescante y escalar el imperial; tenía la piel curtida por el aire de los campos, las lluvias y las borrascas; rojizo el rostro por el uso y tal vez el abuso del alcohol, brillantes los ojos que parpadeaban al viento y al granizo. Cuando apareció en el patio de la posada se secaba los labios con el reverso de la mano.

Grandes cestos redondos llenos de aves asustadas esperaban ante las inmóviles campesinas, y Cesáreo Horlville, cogiéndolos uno a uno, los colocó en la parte alta de su carruaje; en seguida, y con más cuidado, colocó los que contenían huevos, lanzando después, desde abajo, algunos saquitos de grano y una serie de paquetes envueltos con pañuelos, trapos y periódicos. Luego, abriendo la portezuela, sacó del bolsillo una lista que leyó en voz alta:

—¡Señor cura de Georgeville!

El sacerdote, hombre robusto, fuerte y de amable aspecto, avanzó; y recogiendo la sotana como las mujeres se recogen la falda, montó en la diligencia.

—¿El maestro de Rollebose-les-Grinets?

Un hombre alto y delgado, vestido con una negra levita que le llegaba hasta las rodillas, avanzó tímidamente y a su vez desapareció por la portezuela abierta.

—¡Poiret: dos asientos!

Vino Poiret, alto y delgado, encorvado por el arado, enjuto por la abstinencia y con la piel seca por falta de lavarla. Su mujer le seguía, una mujer pequeñita y flaca que parecía una ternera cansada, y que, con las dos manos, sostenía un inmenso paraguas verde.

—¡Rabot, dos asientos!

Rabot, que era perplejo por temperamento, preguntó, «¿Es a mí a quién se llama?».

El cochero, al que de apodo llamaban «el Descarado», iba a contestar una atrocidad, cuando Rabot se lanzó hacia la portezuela empujando por delante a su

mujer, una mocetona cuadrada cuyo redondo vientre parecía un barril y cuyas manazas recordaban las palas de las lavanderas.

Y Rabot se metió en la diligencia como las ratas entran en sus agujeros.

—¡Caniveau!

Un labrador gordo y pesado como un buey, hizo crujir los resortes y se metió en el amarillento carruaje.

—¡Belhomme!

Y éste, alto y delgado, se acercó con el cuello torcido, doliente el rostro, y con un pañuelo aplicado al oído como si un violento dolor de muelas le atormentase.

Todos, por encima de las antiguas y singulares vestiduras de paño negro o verdoso, vestiduras de etiqueta que lucían por las calles de El Havre, llevaban largas blusas azules; y en la cabeza ostentaban gorras de seda, altas como torres, que en el campo normando suponen elegancia suprema.

Cesáreo Horlville cerró la portezuela y, encaramándose luego en el pescante, hizo chasquear el látigo.

Los tres caballos parecieron despertar. Agitando el cuello hicieron oír el vago murmullo de los cascabeles. Con toda la fuerza de sus pulmones, el cochero empezó a gritar al tiempo que azotaba fuertemente a las bestias, que se agitaron, hicieron un esfuerzo, y arrancaron al trote corto, arrastrando a la diligencia que los baches sacudían, armando un sorprendente ruido de hierro viejo y cristales mientras, en el interior, los viajeros alineados en las dos filas de asientos se veían zarandeados de lo lindo.

En un principio, y por respeto al cura, todos callaban, pero como él era de temperamento expansivo y familiar, fue el primero en romper el silencio.

—Y bien, amigo Caniveau —dijo—. ¿Las cosas marchan bien?

El enorme campesino, que se sentía unido al eclesiástico por cierta simpatía de porte, barriga y gordura, contestó sonriendo:

—Así así, señor cura; ¿y usted?

—¡Oh! Yo, siempre igual.

—¿Y usted, Poiret?

—Todo iría a pedir de boca si no fuesen las colzas que este año no producirán casi nada; y como únicamente se encuentra beneficio en eso...

—Qué quiere usted, los tiempos son duros.

—Vaya si lo son —afirmó con voz de gendarme la mujer de Rabot.

Como vivía en una aldea vecina, el cura no la conocía más que de nombre.

—¿Es usted la Blondel? —preguntó el sacerdote.

—Yo soy, para servir a usted.

Rabot, tímido y satisfecho, saludó sonriendo, inclinando exageradamente la cabeza hacia delante como si quisiese decir: «y yo soy Rabot, el que se casó con la Blondel».

De pronto, Belhomme, que seguía con el pañuelo aplicado a la oreja, empezó a

gemir de modo lamentable. Y golpeando el suelo de la diligencia con el pie, decía ñau, ñau, expresando así su espantoso sufrimiento.

—¿Le duelen a usted las muelas? —preguntó el cura.

El labrador, dejando de quejarse un instante, respondió:

—No, señor cura; no son las muelas, es el oído, en el fondo del oído...

—¿Y qué es lo que tiene en el oído? ¿Un tumor?

—No sé si es un tumor, pero sé que es un bicho, un bicho muy grande que se me metió dentro cuando dormía en el granero...

—¿Un bicho! ¿Está usted seguro?

—¿Si estoy seguro? Como del Paraíso, señor cura, pues me roe el fondo del oído. Y se me comerá la cabeza, se me comerá la cabeza... ¡Ah!... ñau, ñau —y empezó de nuevo a patear. Todos escuchaban profundamente interesados.

Y cada uno daba su opinión. Poiret pretendía que debía de ser una araña, el maestro una oruga, pues en el Orne, en Champemuret, donde había estado seis años, ocurrió un caso parecido, y la oruga, que había entrado por el oído, salió por la nariz, pero el hombre se quedó sordo porque el bicho le taladró el tímpano.

—Eso debe de ser un gusano —afirmó el cura.

Belhomme, con la cabeza inclinada y apoyado el codo en la portezuela, pues era el último que había subido, seguía gimiendo:

—¡Oh! ñau, ñau, ñau... yo juraría que es una hormiga, una hormiga muy grande... me muerde horriblemente. Mire usted, señor cura... ¡Oh! ñau, ñau, ñau... es tremendo...

—¿Ha visto al médico? —preguntó Caniveau.

—No.

—¿Y por qué?

El temor al médico pareció curar a Belhomme quien, sin quitarse el pañuelo de la oreja, se irguió.

—¡Por qué, por qué! ¿Crees que tengo el dinero para dárselo a ese gandul? Hubiera venido una vez, dos, tres, cuatro, cinco... y hubiera tenido que darle dos escudos de a veinte, lo menos dos escudos de a veinte; y dime, ¿qué me hubiera hecho ese gandul, qué me hubiera hecho? ¿Lo sabes?

Caniveau se reía.

—No, no lo sé, pero ¿adónde vas así?

—A El Havre, a ver a Chambrelán.

—¿Qué Chambrelán?

—El curandero.

—¿El curandero?

—Sí, el curandero que sanó a mi padre.

—¿A tu padre?

—Sí, hace mucho tiempo.

—¿Y qué tenía tu padre?

—Pues un aire en la espalda que no le dejaba moverse.

—Y ¿qué le hizo Chambrelán?

—Pues le amasó la espalda con las dos manos como quien amasa pan, y todo pasó en dos horas.

Belhomme creía que Chambrelán había pronunciado algunas palabras extrañas, pero delante del cura no se atrevió a decirlo.

Riendo, Caniveau repuso:

—Lo que tienes en el oído debe de ser un conejo que ha tomado ese agujero por su madriguera. Espera, voy a hacerle salir.

Y Caniveau, colocándose las manos junto a la boca a manera de bocina, empezó a imitar los ladridos de los perros de caza. Y al oírle, todos se echaron a reír, incluso el maestro que nunca se reía.

Pero como Belhomme parecía enfadarse y tomar a mal la broma, el cura, dirigiéndose a la mujer de Rabot, cambió la conversación.

—¿Tienen ustedes mucha familia? —preguntó.

—¡Oh! Sí, señor cura, y se sufre mucho para criarla.

Rabot inclinó la cabeza como queriendo decir: «¡Oh! sí, y se sufre mucho para criarla».

—¿Cuántos hijos?

—Dieciséis, señor cura, dieciséis...

Rabot se puso a reír y saludó. Tenía dieciséis hijos, y ¡qué diablo! estaba orgulloso.

Pero Belhomme renovó sus gemidos.

—¡Oh! ¡ñau ñau...! ¡cómo muerde, cómo muerde!...

La diligencia se detuvo ante el café de Polito y el cura dijo:

—Si se echase un poco de agua en la oreja, tal vez se le haría salir. ¿Quiere que probemos?

—¡Ya lo creo que quiero!

Y todos bajaron para asistir a la operación.

El sacerdote pidió una jofaina, una toalla y un vaso de agua, y recomendó al maestro que mantuviese inclinada la cabeza del paciente, y que cuando el líquido hubiese penetrado en el orificio, la volviese bruscamente.

Pero Caniveau, que miraba la oreja de Belhomme para ver a simple vista si distinguía el bicho, exclamó:

—¡Demonio, vaya una pasta! Hay que destapar esto pues con tanta confitura el conejo no puede salir, Se le pegarían las patas.

El cura examinó a su vez el conducto y lo encontró demasiado estrecho y demasiado obstruido para que el bicho saliese. Entonces el maestro, con una cañita y un poco de algodón en rama despejó el camino, y, en medio de la ansiedad general, el sacerdote vertió medio vaso de agua que corrió por la cara, el pelo y el cuello de Belhomme. El maestro hizo girar rápidamente la cabeza, como si hubiese querido

destornillarla, y en la blanca vasija cayeron algunas gotas. Todos los viajeros se precipitaron, mas no había salido ningún bicho.

Con todo Belhomme declaró: «Ya no siento nada», y el cura dijo solemnemente: «¡Claro está! ¡Como que se habrá ahogado!». Y con general contento volvieron a meterse en la diligencia.

Mas apenas se habían vuelto a poner en marcha cuando Belhomme dio un grito terrible. El bicho había despertado y le mordía furiosamente, afirmando que se le había metido en la cabeza y le estaba devorando los sesos. Chillaba tanto y hacía contorsiones tan raras, que la mujer de Poiret, creyéndole poseído por el diablo, empezó a llorar y a hacer la señal de la cruz. El dolor del enfermo se calmó un poco y contó que el bicho se paseaba por el interior del oído. Con el dedo imitaba sus movimientos y parecía que le veía y le seguía con la mirada.

«Ahora sube, ahora sube... ñau, ñau... ¡qué horror!».

Caniveau se impacientaba: «El agua enfurece al bicho ese, prueba de que está acostumbrado al vino».

Y como todos rieron, repuso: «Cuando lleguemos al café de Bourbeaux, dale un poco de aguardiente triple y te juro que no se moverá más».

Pero el dolor era tan fuerte que Belhomme no podía soportarlo y empezó a chillar como si le arrancasen el alma. El cura se vio obligado a sostenerle la cabeza, y rogaron a Cesáreo Horlville que se detuviese en cuanto encontrase una casa.

Así lo hizo frente a una alquería que se alzaba junto al camino, y allí transportaron a Belhomme al que extendieron sobre la mesa de la cocina para reanudar la operación. Caniveau insistía en que se mezclase aguardiente al agua a fin de dormir al bicho matándolo tal vez, pero el cura prefirió el vinagre.

Esta vez vertieron el líquido gota a gota, con objeto de que penetrase hasta el fondo, y luego lo dejaron algunos minutos en el órgano habitado.

Una jofaina estaba preparada también, y el cura y Caniveau, esos dos colosos, volvieron a Belhomme, mientras el maestro daba golpecitos en el lado sano a fin de que el otro se vaciase completamente.

El mismo Cesáreo Horlville, con el látigo en la mano, había entrado para presenciar la operación.

Y de pronto advirtieron un puntito negro, no más grande que una semilla de cebolla, en el fondo de la jofaina. Y sin embargo se movía. ¡Era una pulga! Primero se oyeron gritos de asombro y luego sonoras carcajadas... ¡Una pulga! Valiente cosa... Caniveau se daba tremendas manotadas en los muslos, el cochero hacía chasquear el látigo, el cura reventaba, abriendo las quijadas como cuando los asnos rebuznan, el maestro como cuando se estornuda, y las mujeres daban gritos de alegría muy parecidos al cacareo de las gallinas.

Belhomme, sentado en la mesa y con la jofaina en las rodillas, contemplaba atentamente, y con justa cólera, al menudo bicho que se agitaba en la gota de agua.

Y diciendo: «Maldito seas», lo escupió.

El cochero, loco de alegría, no hacía más que repetir:

«Era una pulga, una pulga... maldita pulga».

Y luego, cuando se hubo calmado un poco, exclamó:

«Vamos, en marcha, que ya hemos perdido bastante tiempo».

Y los viajeros, sin dejar de reír, se dirigieron hacia la diligencia.

Belhomme, que había llegado el último, dijo que no continuaba el viaje y que se volvía a Criquetot porque ya no tenía nada que hacer en El Havre.

El cochero repuso:

—Haz lo que quieras pero paga tu asiento.

—Como no he pasado de la mitad del camino, no debo más que la mitad.

—Lo debes todo porque lo tomaste hasta El Havre.

Y empezó una discusión que no tardó en convertirse en furiosa querrela. Belhomme juraba que no daría más que un franco, y Cesáreo Horlville afirmaba que cobraría dos.

Caniveau se apeó.

—Ante todo, debes dos francos al cura, ¿oyes? y luego una ronda para todos, lo que asciende a dos francos setenta y cinco, y además darás un franco a Cesáreo. ¿Hace, descarado?

El cochero, encantado de que Belhomme se viese obligado a desembolsar tres francos setenta y cinco, contestó: «Aceptado».

—Entonces paga.

—No pagaré: el cura no es médico...

—Si no pagas, te meto en el coche de Cesáreo y con nosotros vienes hasta El Havre.

Y el coloso, cogiendo a Belhomme por la cintura, lo levantó como hubiera podido levantar a un niño.

El otro se convenció de que era preciso ceder, y, sacando la bolsa, pagó.

La diligencia se puso de nuevo en marcha dirigiéndose a El Havre mientras Belhomme volvía a Criquetot; y los viajeros, que parecían haber enmudecido, contemplaron en la blanca carretera la blusa azul del labrador que sobre sus largas piernas se balanceaba.

EN LA MAR

HACE POCO, EN los periódicos diarios se leyeron las siguientes líneas:

Boulogne-sur-Mer^[2], 21 de enero. —Nos escriben:

«Una espantosa desgracia acaba de sembrar la consternación entre nuestra población marítima tan castigada desde hace algunos años. El barco de pesca mandado por el patrón Javel, al entrar en el puerto, fue arrojado hacia el oeste y se estrelló en las rocas del rompeolas de la escollera.

»A pesar de los esfuerzos del buque salvavidas y de los cables enviados por medio del fusil portamarras, han perecido cuatro hombres y el grumete.

»Y como el mal tiempo continúa, se temen nuevos siniestros».

¿Quién era el patrón Javel? ¿Sería hermano del manco?

Si el pobre hombre, arrollado por las olas y muerto tal vez bajo los restos de su despedazado barco, era quien pienso, había asistido, hace dieciocho años, a otro drama terrible y sencillo como son siempre los dramas formidables de las olas.

Javel, el mayor, era patrón de una barca que pescaba con barredera^[3], y las barcas de barredera son las barcas de pesca por excelencia. Sólidas hasta el extremo de no temer ningún temporal, de redondo vientre que sobre las olas flota como si fuese un corcho, siempre al aire y siempre azotadas por los vientos duros y salados de la Mancha, recorren la mar, infatigables, con la vela hinchada y arrastrando por el flanco la gran red que rasca el fondo del océano, desprende y recoge todas las bestias que duermen en las rocas, los peces planos que se pegan a la arena, los pesados cangrejos de arqueadas patas, y las langostas de puntiagudos bigotes.

Cuando la brisa es fresca y las olas cortas, la barca sale a pescar. La red está fija a lo largo de una caña de madera guarnecida de hierro, y baja por medio de dos cables que resbalan por dos rodillos colocados uno a cada extremo de la embarcación. Y la barca, navegando al impulso del viento y de la corriente, arrastra ese aparejo que devasta el suelo de la mar.

Javel llevaba a bordo a su hermano menor, a cuatro hombres y a un grumete. Y en un hermoso día, claro y sereno, había salido de Boulogne para soltar la barredera.

Ahora bien, el viento se levantó, y la imprevista borrasca obligó al pescador a huir hacia las costas de Inglaterra; pero, como el alborotado mar azotaba los acantilados y rompía furiosamente contra la tierra, la entrada en los puertos se hacía imposible. El barquito se hizo de nuevo a la mar y volvió a las costas de Francia. La tempestad continuaba haciendo infranqueables las escolleras y envolviendo con espuma, ruido y peligro, todos los refugios.

Salió de nuevo la barca, corriendo por entre las furiosas olas, sacudida, chorreando, abofeteada por el agua, pero gallarda a pesar de todo, pues estaba acostumbrada a ese tiempo fuerte que a veces la tenía cinco o seis días errando entre los dos países vecinos sin poder abordar en ninguno.

Por fin el huracán se calmó, estando en alta mar, y aun cuando las olas todavía sacudían de firme, el patrón ordenó que se soltase la barredera.

El gran aparejo de pesca pasó por encima de la borda, y dos hombres a proa, y dos a popa, soltaron por los rodillos las amarras que lo sujetaban. Llegó al fondo, pero una ola inclinó la barca y Javel el menor, que se encontraba a proa dirigiendo el descenso de la red, vaciló, y su brazo se encontró preso entre la cuerda, floja un instante por la sacudida, y el rodillo de madera por donde resbalaba. Hizo un esfuerzo desesperado para levantar la amarra con la otra mano, pero la barredera arrastraba ya y el cable no cedió.

El hombre, crispado por el dolor, pidió auxilio. Todos acudieron y hasta su hermano abandonó el timón. Unieron sus esfuerzos para libertar al miembro que destrozaba, pero todo fue en vano. «Es preciso cortar» gritó un marinero al tiempo que sacaba del bolsillo un cuchillo largo que con dos golpes podía salvar el brazo de Javel el menor.

Pero cortar suponía perder la barredera, y la barredera costaba dinero, mucho dinero, mil quinientos francos: además, pertenecía a Javel el mayor que quería conservarla.

Y el corazón oprimido gritó: «No cortes, no cortes, espera, voy a orzar^[4]». Y corrió al timón colocando la barra a un lado.

La barca obedecía difícilmente, paralizada por aquella red que inmovilizaba su impulso y arrastrada también por la fuerza del viento y de la corriente.

El menor Javel había caído de rodillas, extraviados los ojos y apretados los dientes. Su hermano, que tenía mucho miedo al cuchillo del marino, volvió para decir: «Espera, espera, no cortes; voy a soltar el ancla».

Y se soltó, y luego se pusieron a virar para que se aflojasen las amarras de la barredera: y al fin se aflojaron y bajo la ensangrentada manga de lana se dio libertad al brazo inerte.

El menor Javel parecía idiota. Le quitaron la blusa, y se vio una cosa horrible, carne magullada, destrozada, de la que la sangre salía a chorros como impulsada por una bomba. El hombre se fijó en su brazo, y murmuró: «Perdido».

Luego, como la hemorragia continuaba y la sangre formaba un charco en la cubierta del barco, uno de los marineros dijo: «Es preciso atar la vena, que si no se vaciará».

Y cogieron un cordel, un cordel grueso y embreado, y enlazando el miembro por encima de la herida, apretaron con todas sus fuerzas. Poco a poco la sangre se contuvo hasta que cesó por completo.

El menor Javel se levantó y su brazo colgaba. Lo cogió con la otra mano, lo levantó, lo volvió, lo sacudió... todo estaba roto, todo, hasta los huesos, y únicamente algunos músculos lo retenían al cuerpo. Y lo miraba con mirada triste, reflexionando. Sentóse luego sobre una vela doblada y sus compañeros le aconsejaron que mojase constantemente la herida para evitar que se produjese la gangrena.

Pusieron un cubo a su lado y cada minuto metía un vaso en él y bañaba la horrible herida haciendo que sobre ella cayese un hilito de agua clara.

—Estarías mejor abajo —le dijo su hermano. Y bajó, pero al cabo de una hora volvió a subir pues a solas no se sentía bien. Además, prefería el aire libre. Y volvió a sentarse encima de la vela y a mojarse el brazo.

La pesca era abundante: grandes pescados con la tripa blanca yacían a su lado sacudidos por los espasmos de la muerte, y él los contemplaba sin dejar de mojar sus desgarradas carnes.

Cuando volvían a Boulogne se desencadenó otra tempestad, y el barquito reanudó su loca carrera meciendo, sacudiendo y agitando al pobre herido.

Llegó la noche: el tiempo se mantuvo fuerte, hasta el despuntar del alba, y aun cuando al salir el sol se distinguían las costas de Inglaterra, como la mar estaba menos dura, hicieron rumbo a Francia.

Por la noche, el menor Javel llamó a sus compañeros y les mostró manchas negras, de aspecto de podredumbre, que habían aparecido en la parte del miembro casi desprendida.

Los marineros miraron y dieron su opinión.

—Eso podría ser la gangrena —dijo uno.

—Precisaría poner agua salada —declaró otro.

Y agua salada trajeron y con ella mojaron el mal. El herido se puso lívido, rechinaron sus dientes, y se retorció un poco: pero ni un quejido brotó de sus labios.

Luego cuando se hubo calmado el ardor, dijo a su hermano: «Dame tu cuchillo». Y su hermano se lo ofreció.

«Sostenedme el brazo recto y en alto, y tirad por encima».

Hicieron lo que pedía.

Y él mismo empezó a cortar y cortó suavemente, pensando lo que hacía, cortando los últimos tendones con la hoja, fina como una navaja de afeitar. Y cuando sólo quedó el muñón, exhaló un profundo suspiro y dijo: «Era preciso; el brazo estaba perdido».

Parecía más tranquilo, respiraba con ansia, y poco después empezó a verter agua sobre el trozo de miembro que le quedaba.

La noche fue mala y no pudieron llegar a tierra.

Cuando amaneció el menor Javel cogió su brazo y lo examinó atentamente. La putrefacción se declaraba. Los compañeros también lo examinaron y pasándose de mano en mano lo tocaban, le daban vueltas y lo olfateaban.

El hermano mayor dijo: «Es preciso tirar esto a la mar».

Pero el menor Javel se enfadó: «¡Ah! Eso sí que no; no. No quiero. Me pertenece, es mi brazo».

Y cogiéndolo se lo colocó sobre las rodillas.

—Se pudrirá —dijo el mayor. Pero el herido tuvo una idea: para conservar el pescado, cuando estaban mucho tiempo en la mar, lo metían en barriles de sal.

Y preguntó: «¿No podríamos meterlo en salmuera?».

—Es cierto —dijeron los otros.

Entonces se vació uno de los barriles, lleno ya con lo pescado en los últimos días, y depositaron el brazo en el fondo. Lo cubrieron con sal, y luego colocaron otra vez los pescados uno a uno.

Alguien gastó esta broma: «Mientras no lo vendamos en la playa».

Y todos soltaron el trapo a reír, incluso los dos hermanos Javel.

El viento seguía soplando con fuerza, y, al día siguiente, aún se orzaba frente a Boulogne. El herido continuaba bañando su herida.

De cuando en cuando se levantaba y recorría el barco de un extremo a otro.

Su hermano, que estaba en el timón, le seguía con la vista y movía la cabeza.

Al fin entraron en el puerto.

El médico examinó la herida y declaró que no tardaría en cicatrizar. Practicó una cura completa, y ordenó reposo absoluto, pero Javel, que no quiso meterse en la cama sin estar en posesión de su brazo, volvió al puerto para encontrar el barril que había marcado con una cruz.

Lo vaciaron, recobró su brazo, y en la salmuera se había conservado fresco y rígido. Lo envolvió en una servilleta que había llevado a propósito, y volvió a su casa.

Su mujer y sus hijos examinaron largo rato el resto de su padre, y tocaron los dedos limpiándolos de los granos de sal que habían quedado entre las uñas: y luego llamaron al carpintero para que hiciese un ataúd pequeño.

Al día siguiente, la tripulación de la barca siguió el entierro del brazo cortado. Los dos hermanos, uno junto a otro, presidían el duelo, y el sacristán de la parroquia llevaba el cadáver debajo del brazo.

El menor Javel dejó de navegar. Consiguió un empleílo en el puerto, y cuando más tarde hablaba de su desgracia, decía confidencialmente a su interlocutor: «Si mi hermano hubiese querido cortar la barredera, aún tendría el brazo, pero él sólo se preocupaba por lo suyo».

EL REFUGIO

SEMEJANTE A TODOS los mesones de madera plantados en los Altos Alpes, al pie de los ventisqueros, en esos callejones pedregosos y desnudos que cortan los blancos picachos de las montañas, el refugio de Schwarenbach ampara a los viajeros que siguen el paso del Jemmi.

Está abierto durante seis meses y lo habita la familia de Juan Hauser; luego, en cuanto las nieves se amontonan, llenan el valle y hacen impracticable el descenso a Loèche, las mujeres, el padre y los tres hijos, se van dejando la casa al cuidado del viejo guía Gaspar Hari, que allí se queda con el joven Ulrico Kungsi, y Sam, un perrazo montañés.

Los dos hombres y el perro viven en aquella cárcel de nieve hasta que vuelve la primavera, no teniendo ante los ojos más que la inmensa y blanca pendiente de Balmhorn, con los picachos pálidos y brillantes que la rodean, y encerrados, bloqueados, enterrados en la nieve que se alza en torno suyo, y rodea, oprime, aplasta la casuca, se amontona sobre el tejado, llega hasta las ventanas y tapia la puerta.

Es el día en que la familia Hauser regresa a Loèche, pues el invierno se acerca y el descenso empieza a ser peligroso.

Primero salen tres mulas, que los tres hijos llevan de la brida, y la madre, Juana Hauser, y su hija Luisa, montan en otra. Las tres primeras llevan el equipaje.

El padre sigue en compañía de los dos guardianes que han de escoltar a la familia hasta que empiece la bajada.

Contornean primero la ya helada laguna del fondo de la hoya formada por las rocas que están frente al refugio; cruzan luego el valle, blanco como una sábana y completamente dominado por los picos nevados.

Una lluvia de sol cae sobre ese desierto blanco, resplandeciente y helado, iluminándolo con llama cegadora y fría; en ese océano de montañas la vida no aparece por ninguna parte; en la desmesurada soledad no se advierte el menor movimiento, y ningún ruido viene a turbar su profundo silencio.

Poco a poco, el guía joven, Ulrico Kungsi, un suizo enorme y largo de piernas, deja atrás al viejo Hauser y a Gaspar Hari para reunirse a las dos mujeres.

La más joven le ve acercarse y parece que le llama con sus ojos tristes. Es una campesina rubia, cuyas lechosas mejillas y pálidos cabellos parece que han perdido el color viviendo entre los hielos.

Cuando alcanza a la mula que las lleva, apoya la mano en la grupa y afloja el paso. La madre le dirige la palabra y enumera con infinitos detalles todas las recomendaciones necesarias para la invernada, pues el mozo no se ha quedado nunca allá arriba, en tanto que el viejo Hari ha pasado ya catorce inviernos.

Ulrico Kungsi escucha sin que al parecer comprenda, y no aparta los ojos de la joven un solo instante. De cuando en cuando contesta «Sí, señora», pero su pensamiento le lleva muy lejos, y su tranquilo rostro permanece impassible.

Así llegan hasta el lago Daube, cuya superficie helada y tersa se extiende hasta el fondo del valle. A la derecha, Daubenhorn muestra sus negras rocas junto a las enormes morrenas del ventisquero de Loemmerm que domina Wildstrubel.

Al acercarse a la garganta de Jemmi, donde empieza el descenso hacia Loèche, distinguen el inmenso horizonte de los Alpes de Valais, de los cuales los separa el profundo y anchuroso valle del Ródano.

A lo lejos se ve un pueblo con blancas cimas, desiguales, aplastadas o puntiagudas, y brillando todas al sol; luego Mischabel con sus dos cuernos, Wissehorn, mole enorme, Brumegghorn, la alta y temible pirámide de Cervino, y la montaña del Diente Blanco, esa coqueta monstruosa.

Luego, por debajo de ellos, en un agujero inmenso, en el fondo de un abismo terrible, distinguen Loèche, cuyas casas semejan granos de arena lanzados en esa grieta enorme que acaba y cierra el Jemmi y que a lo lejos abre el Ródano.

Junto a un sendero que avanza serpenteando con innumerables vueltas y rodeos, fantástico y maravilloso, desde lo alto de la enhiesta montaña hasta la pequeña población que casi invisible se extiende a sus pies, detienen la mula y las mujeres echan pie a tierra.

Los dos viejos se han unido a ellas.

—¡Vaya! —dice Hauser—. Adiós y buena suerte. Hasta el año próximo.

El viejo Hari repite:

—Hasta el año próximo.

Y se besan. Luego, la esposa de Hauser le ofrece las mejillas y la joven hace lo mismo.

Cuando le toca el turno a Ulrico Kungsi, murmura al oído de Luisa: «No olvide a los que se quedan aquí arriba». Y ella contesta un «no» tan débil, que más que oírlo lo adivina.

—Adiós —repite Juan Hauser—, adiós y salud.

Y pasando delante de las mujeres empieza a bajar.

Pronto desaparecen tras una revuelta del camino, mientras los dos hombres se dirigen hacia el refugio de Schwarenbach.

Andan lentamente, uno al lado del otro, y silenciosos. Ya no hay remedio: durante cuatro o cinco meses estarán solos...

Gaspar Hari empieza a referir su vida en el otro invierno. Allí lo había pasado con Miguel Canal, ya demasiado viejo para arriesgarse a aquella larga soledad, pues un accidente puede ocurrir el día menos pensado. Y no se habían aburrido, desde luego que no; todo consistía en tomar partido desde el primer momento, y al fin se acaba por inventar distracciones, juegos y muchos pasatiempos.

Ulrico Kungsi le escucha con los ojos bajos, viendo con la imaginación a los que, siguiendo todos los repliegues de Jemmi, bajan hacia la población.

No tardan en distinguir el refugio, apenas visible, y tan pequeño que semeja un puntito negro al pie de aquella gigantesca ola de nieve.

Cuando abren, Sam, el perrazo rizado, empieza a dar saltos en torno suyo.

—Vamos, hijo mío —dice Gaspar—; como nos hemos quedado sin mujeres, nosotros mismos tenemos que prepararnos la comida. Tú mondarás las patatas.

Y los dos, sentados en banquetas de madera, se ponen a preparar la sopa.

La mañana del día siguiente parece interminable a Ulrico. El viejo Hari fuma y luego escupe en el hogar, mientras el joven se asoma a la ventana para contemplar la resplandeciente montaña que se alza frente a la casa.

Por la tarde sale, recorre el trayecto hecho la víspera, y procura descubrir en el suelo las huellas de los cascos de la mula que llevó a las dos mujeres. Luego, cuando llega a la vertiente del Jemmi, se tiende boca abajo al borde del abismo y fija los ojos en Loèche.

La población, metida en aquel pozo de rocas, no está invadida aún por la nieve por más que la tiene muy cerca, pero detenida por los pinares que protegen sus alrededores. Y sus bajas casitas desde arriba parecen ladrillos colocados en una pradera.

La hija de Hauser está allí, en una de aquellas moradas grises. ¿En cuál? Ulrico Kungsi está demasiado lejos para distinguirla. ¡Cuánto le gustaría bajar, ahora que aún es posible!

Pero ya el sol ha desaparecido tras la cima de Wildstrubel, y el joven vuelve al refugio. El viejo Hari sigue fumando. Al ver a su compañero le propone una partida de cartas, y se sientan frente a frente, uno a cada lado de la mesa.

Y durante largo rato juegan a ese juego sencillísimo que se llama brisca, y luego, cuando han cenado, se acuestan.

Los días que siguen se parecen al primero, claros y fríos, sin nevadas. El viejo Gaspar pasa sus tardes acechando las águilas y los raros pájaros que se aventuran por esos picos helados, mientras Ulrico va regularmente hasta la garganta del Jemmi para contemplar la aldea. Luego juegan a las cartas, a los dados, al dominó, y ganan y pierden insignificancias que únicamente sirven para dar interés a la partida.

Una mañana Hari se levanta y llama a su compañero. Una nube de blanca espuma, movable, espesa y ligera, cae sobre ellos, los rodea, y sin ruido los sumerge poco a poco dentro de un tupido y pesado colchón. Y eso dura cuatro días y cuatro noches. Precisan libertar puertas y ventanas, practicar un paso y tallar escalones para poder encaramarse sobre el durísimo polvo al que doce horas de helada continua, han hecho más consistente que el granito de las peñas.

En adelante viven como prisioneros sin aventurarse apenas a salir de su morada. Se han repartido la labor que ejecutan regularmente. Ulrico Kungsi se ha encargado del lavado, de todo lo que se relaciona con la limpieza, y él es también quien parte la leña mientras Gaspar Hari guisa y alimenta la lumbre. Sólo interminables partidas de cartas o dados vienen a interrumpir su trabajo regular y monótono. Y no se pelean nunca pues los dos son de temperamento tranquilo y plácido, como tampoco nunca dan muestra de impaciencia o mal humor, ni pronuncian palabras agrias, pues para

pasar el invierno en el refugio han hecho provisión abundante de resignación.

A veces el viejo Gaspar coge la escopeta y sale en busca de gamuzas: de cuando en cuando mata alguna y cuando esto ocurre, en el refugio de Schwarenbach hay gran festín con carne fresca.

Una mañana, siguiendo su costumbre, sale. El termómetro marca dieciocho grados bajo cero; y como el sol no ha salido aún, el cazador espera sorprender a los bichos en las cercanías de Wildstrubel.

Ulrico se queda solo y no se levanta hasta las diez. Le gusta dormir, pero en presencia del viejo guía, siempre activo y madrugador, no se atreve a entregarse a su pasión favorita.

Almuerza lentamente con Sam, que también pasa sus días y sus noches durmiendo junto a la lumbre, y luego, sintiéndose triste, advierte su soledad y echa de menos la cotidiana partida de cartas que para él ha llegado a constituir una necesidad invencible.

Entonces sale al encuentro de su compañero que debe volver a las cuatro.

La nieve ha nivelado el profundo valle llenando las grietas, borrando los dos lagos, acolchando las rocas, formando entre los altos picachos una extensión inmensa y regular, cegadora y helada.

Desde hace tres semanas Ulrico no ha ido a contemplar la población desde el borde del abismo, y quiere ir antes de trepar por las vertientes que conducen a Wildstrubel. También Loëche se encuentra cubierto de nieve, y bajo el pálido manto apenas se distinguen las casas.

Luego, torciendo a la derecha, se interna en el ventisquero de Loemmern. Anda con el paso largo de los montañeses, hundiendo su férreo bastón en la nieve casi tan dura como las piedras. Y con su mirada penetrante busca a lo lejos el puntito negro y movable que ha de encontrar en la sábana inmensa.

Cuando llega al borde del ventisquero se detiene, preguntándose si el viejo habrá tomado otro camino, y luego bordea las morrenas con paso rápido e inquieto.

La tarde cae; la nieve toma tintes rosados, y un vientecillo seco y helado corre con bruscas intermitencias por aquella superficie de cristal. Ulrico da un grito de llamada, agudo y prolongado, y su voz se pierde en el silencio de muerte que reina en las montañas, y va lejos, muy lejos, corriendo por las capas inmóviles y profundas de espuma glacial, como grito de pájaro por las olas del mar; luego se extingue... y nadie le contesta.

Prosigue la marcha. El sol se ha puesto a lo lejos, tras las cimas que los reflejos del cielo arrebolan todavía, pero las profundidades del valle van tomando un marcado tinte gris. Y el joven, sin saber por qué, siente miedo. Le parece que el silencio, el frío, la soledad, y la muerte invernal de los montes penetran en él y van a detener y helar su sangre, agarrotar sus miembros y convertirle en un ser inmóvil y helado. Y echa a correr dirigiéndose al refugio. Piensa que el viejo habrá llegado durante su ausencia; que habrá tomado otro camino, y que estará sentado junto a la lumbre y con

una gamuza muerta a sus pies.

No tarda en distinguir el refugio. Por la chimenea no sale humo, y Ulrico, corriendo a toda prisa, llega y abre la puerta. Sam sale a recibirle y acariciarle, mas el viejo Gaspar no ha vuelto aún.

Asustado, Kungsi empieza a dar vueltas como si fuese a encontrar a su compañero oculto en un rincón. Luego enciende lumbre y hace la sopa, en espera de que el anciano vuelva de un momento a otro.

De tiempo en tiempo sale a ver si le distingue a lo lejos. Llega la noche, la noche de las montañas, pálida, lívida, que allá en el horizonte ilumina el arco finísimo de la luna, próximo a desaparecer tras los picachos.

Luego el joven entra, se sienta, se calienta las manos y los pies, y piensa en mil accidentes posibles.

Gaspar ha podido romperse una pierna, caer en un hoyo, dar un paso en falso y dislocarse el tobillo, y estará tendido en la nieve, aterido, dolorido, angustiado, perdido, pidiendo tal vez socorro a gritos, llamando con todas las fuerzas de sus pulmones en el silencio de la noche.

Pero ¿dónde? ¡La montaña es tan grande, tan escarpada, tan vasta y tan peligrosa! Sobre todo en esa estación. Para encontrar a un hombre en aquellas inmensidades, lo menos se necesitaban ocho días y veinte guías para que las recorriesen en todas direcciones.

Con todo, Ulrico Kungsi se decide a salir con Sam si el viejo Gaspar no ha vuelto a la una.

Y empieza sus preparativos.

Mete en un saco víveres suficientes para dos días, toma sus grapas de acero, se arrolla al cuerpo una cuerda larga, delgada y fuerte, y examina atentamente su bastón de hierro y el hacha que sirve para tallar escalones en el hielo. Luego espera. La lumbre arde en la chimenea, el perro ronca iluminado por las llamas, y el reloj late como un corazón, regularmente, en su sonora caja de madera.

Espera, con el oído atento, procurando descubrir hasta los ruidos más lejanos y estremeciéndose cuando el ligero vientos roza las paredes.

Dan las doce, y se estremece. Como se siente mal dispuesto, prepara agua para tomar una taza de café bien caliente antes de ponerse en marcha.

Cuando el reloj da la una, se pone en pie, despierta a Sam, abre la puerta y se aleja con dirección a Wildstrubel. Y durante seis horas sube, escalando rocas, empleando sus grapas, tallando hielo, avanzando siempre y subiendo a veces, atando a la cuerda al perro que no puede trepar una pendiente demasiado empinada. A las seis llega a una de las cumbres donde el viejo Gaspar acostumbra a esperar a las gamuzas, y allí aguarda a que se levante el día.

Por encima de su cabeza el cielo empieza a palidecer, y de repente, un extraño fulgor, nacido no se sabe dónde, ilumina bruscamente el vastísimo océano de cimas pálidas que a cien leguas se extiende en torno suyo. Cualquiera creería que la vaga

claridad sale de la misma nieve y se esparce por el espacio. Poco a poco, los picachos lejanos, los más altos, se tiñen de color de rosa, color de carne, y el rojizo sol aparece tras los enormes gigantes de los Alpes Berneses.

Ulrico Kungsi se pone en marcha. Anda como los cazadores, encorvado, examinando las huellas, y diciendo a su perro: «Busca, Sam, busca».

Baja la montaña registrando los abismos con los ojos, llamando a veces, dando gritos prolongados, pronto apagados en la muda inmensidad. Entonces, para escuchar, pega el oído al suelo, y, creyendo percibir una voz, empieza a correr, llama de nuevo, y como no le contestan, se sienta agotado y desesperado. A las doce come un poco y hace comer a Sam, tan rendido como él mismo.

Luego continúa sus pesquisas.

La noche le sorprende y aún camina; ya ha recorrido cincuenta kilómetros de montaña. Como está demasiado lejos del refugio para volver, y demasiado cansado para resistir mucho tiempo, practica un agujero en la nieve y allí se mete con su perro envolviéndose en una manta: y el hombre y la bestia se tienden uno junto a otro calentando mutuamente sus helados cuerpos.

Ulrico no duerme, se ve asaltado por visiones y presa de continuos escalofríos. Cuando despierta está amaneciendo.

Sus piernas, por lo rígidas, parecen dos barras de hierro.

Su angustia casi le obliga a chillar, y cuando cree percibir una voz, la emoción le paraliza.

Mas, piensa de repente que él también morirá de frío en aquella soledad, y el espanto de esa muerte agujonea su energía y reanima su vigor.

Y se encamina hacia el refugio cayendo, levantándose, seguido a lo lejos por Sam que cojea y sólo se mantiene sobre tres patas.

No llegan a Schwarenbach hasta las cuatro de la tarde. La casa está vacía, y el joven enciende lumbre, come y se duerme, tan rendido, que no piensa nada.

Y duerme muchas horas, muchas, con sueño invencible y pesado. De pronto oye una voz, un grito, un nombre: «Ulrico» y sacudiendo su profundo letargo se pone en pie. ¿Habrás soñado? ¿Será una de esas llamadas que las almas inquietas oyen en sueños? No, pues vuelve a oído, vibrante esta vez, y penetra por sus oídos entrando en su carne hasta la punta de sus nerviosos dedos. Sí, es cierto, han gritado y llamado a Ulrico. Alguien está cerca de la casa, no puede dudado, y abriendo la puerta grita: «¿Eres tú, Gaspar?» y grita con toda la fuerza de sus pulmones.

Nadie contesta, ni un sonido, ni un murmullo, ni un gemido... nada. En el cielo, la noche: en la tierra, la nieve lívida.

Sopla un viento helado que corta las piedras y no deja nada vivo en aquellas alturas abandonadas. Y pasa a bocanadas bruscas más secas y mortíferas que el viento de fuego del desierto. Ulrico grita otra vez: «¡Gaspar!... ¡Gaspar!... ¡Gaspar!».

Y espera. ¡En la montaña todo permanece mudo! Entonces el espanto le sacude hasta los huesos. De un salto se mete en el refugio cierra la puerta y corre los

cerrojos; tiritando se desploma en una silla, y seguro de que su compañero le ha llamado en el momento de exhalar el último suspiro.

De esto está seguro, como se está seguro de que se vive o de que se come pan. El viejo Gaspar Hari ha agonizado durante dos días y tres noches en alguna parte, en una sima, en uno de esos barrancos inmaculados y profundos cuya blancura es más siniestra que las tinieblas de los subterráneos. Ha estado agonizando durante dos días y tres noches, y al morir, hace un momento, pensaba en su compañero; y su alma, al verse libre, ha volado hasta el albergue donde dormía Ulrico y le ha llamado haciendo uso de esa virtud misteriosa y terrible que las almas de los muertos tienen para atormentar a sus vivos. Y el alma sin voz, había llamado a la suya: le había dado su último adiós, tal vez un reproche, o acaso le había maldecido por no haberle buscado bastante.

Y Ulrico la siente allí, muy cerca, detrás de la pared, detrás de la puerta que acaba de cerrar. El alma de Gaspar vaga como un pájaro nocturno que con sus plumas roza una ventana iluminada, y el joven, aterrorizado, está a punto de lanzar alaridos. Quiere huir y no se atreve a salir, no se atreve ni se atreverá nunca, pues el fantasma estará allí, noche y día, dando vueltas alrededor del refugio, mientras el cuerpo del viejo guía no se encuentre y reciba sepultura cristiana en la bendita tierra de un cementerio.

Cuando sale el sol, Kungsi recobra un poco su perdida seguridad y prepara su comida, hace la sopa para el perro, y luego se sienta, inmóvil, torturado, pensando en el viejo echado sobre la nieve.

Pero, en cuanto la noche cubre de nuevo la montaña, le asalta el mismo terror. Y empieza a dar vueltas por la cocina apenas alumbrada por la llama de un velón, y la recorre a largos pasos, andando de un extremo a otro, escuchando, escuchando siempre si el horrible grito de la noche anterior no rasgará el pesado silencio que reina fuera. El miserable se siente solo, solo como ningún hombre se ha sentido, solo en la desierta inmensidad de nieve, solo a dos mil metros sobre la tierra habitada, por encima de las casas humanas, por encima de la vida que se agita, bulle y palpita, solo bajo el helado cielo. Deseos locos de escapar, no importa dónde y no importa cómo, se apoderan de él, deseos de llegar a Loèche precipitándose al abismo; pero ni siquiera se atreve a abrir la puerta, pues está seguro de que el otro, el muerto, le cerrará el paso para no quedarse solo allá arriba.

A media noche, cansado de andar y abrumado por la angustia y el miedo, se queda dormido en la silla, pues teme a la cama como se teme un lugar de apariciones.

Y repentinamente, el estridente alarido de la otra noche le desgarran los oídos, alarido tan penetrante que Ulrico extiende los brazos para rechazar al espectro, y cae de espaldas.

Sam, a quien el ruido despierta, ladra como ladran los perros aterrados, dando aullidos, y empieza a dar vueltas buscando de dónde viene el peligro. Al llegar junto a la puerta olfatea con fuerza, con el pelo erizado, la cola recta y gruñendo.

Kunsi, medio loco, se pone en pie, y cogiendo la silla grita: «No entres, no entres o te mato». El perro excitado con esta amenaza, ladra con furia al invisible enemigo que la voz de su amo desafía.

Sam se calma poco a poco y vuelve a echarse junto al hogar, pero sigue inquieto, con la cabeza levantada, con los ojos brillantes, y gruñe y enseña los dientes.

Ulrico, a su vez, consigue dominarse; pero como se siente próximo a desfallecer de terror, abre un armario, saca una botella de aguardiente y bebe varias copas. Sus ideas empiezan a confundirse, se afirma su valor, y por sus venas circula fiebre ardorosa.

Al día siguiente apenas come, limitándose a tomar alcohol, y por espacio de varios días vive borracho como un bruto. Cada vez que el recuerdo de Gaspar Hari acude a su imaginación se pone a beber hasta que la embriaguez le derriba al suelo. Y allí se queda, boca abajo, borracho perdido, los miembros rotos y la frente apoyada en el pavimento. Pero apenas ha digerido el líquido ardoroso y enloquecedor, el grito penetrante de «Ulrico» le despierta cual bala que le hubiese taladrado el cráneo. Y se levanta tambaleándose, extendiendo las manos para no caer, y llamando a Sam en su auxilio. Y el perro, que parece tan loco como su amo, se precipita a la puerta, la araña con las patas y la roe con sus dientes, mientras el joven, con el cuello inclinado y en alto la cabeza, traga, como si bebiese agua después de una larga caminata, el aguardiente que ha de dormir sus pensamientos, sus recuerdos, y su espantoso terror.

En tres semanas agota sus provisiones de alcohol, pero la continua borrachera no hace más que adormecer, con sueño letárgico, su espanto, que ahora crece tanto más terrible y furioso cuanto que no lo puede calmar. La idea fija, exasperada con un mes de embriaguez, y creciente en la absoluta soledad, se hunde en su cerebro como una barrena. Y recorre la morada como fiera enjaulada pegando el oído a la puerta para averiguar si el otro está allí, y le desafía a través de la pared.

Cuando, rendido por la fatiga, se duerme, la voz le despierta y le obliga a ponerse en pie.

Al fin, una noche, como hacen los cobardes cuando se ven reducidos al último extremo, se precipita a la puerta y la abre de par en par para ver al que le llama y obligarle a que calle.

El aire frío que le azota el rostro helándole los huesos le hace cerrar y atrancar la puerta sin notar que Sam se queda fuera. Luego, temblando, echa leña al fuego y se sienta para calentarse; pero de pronto se estremece: alguien gime y araña la pared.

Desesperado grita: «Vete» y una queja, prolongada y dolorida, le responde. Entonces el terror le hace perder la poca razón que le queda, y repite «Vete, vete...» dando vueltas y buscando un rincón donde esconderse.

El otro, gimiendo siempre, da vueltas en torno de la casa y se frota contra las paredes. Ulrico se abalanza al aparador lleno de vajilla y provisiones, y levantándolo con fuerza sobrehumana lo arrastra hasta la puerta para formar una barricada. Allí amontona cuanto le queda: muebles, colchones, esteras, sillas, y tapa la ventana como

se hace cuando se está sitiado por el enemigo.

Pero el de fuera exhala lúgubres gemidos, a los que el joven responde con gemidos idénticos.

Y pasan días y noches sin que ni uno ni otro dejen de quejarse. Uno dando vueltas alrededor de la casa, arañando los muros como si quisiese derribarlos, y el otro dentro, siguiendo sus movimientos, encorvado, con el oído pegado a la pared y respondiendo a sus llamadas con gritos espantosos.

Una noche Ulrico no oye nada y se sienta tan rendido por la fatiga, que no tarda en dormirse como un tronco.

Despierta sin acordarse de nada, sin pensamiento alguno, como si durante el sueño le hubiesen vaciado la cabeza... Tiene hambre y se pone a comer.

El invierno ha terminado. El paso de Jemmi vuelve a ser practicable, y la familia Hauser se pone en marcha para dirigirse al refugio.

En cuanto llegan arriba de la cuesta las mujeres montan en su mula y hablan de los dos hombres que pronto han de ver.

Y les extraña que ninguno de ellos haya bajado unos días antes, tan pronto como los caminos dejaron de ser peligrosos, para darles noticias de su larga invernada.

Al fin, distinguen el refugio todavía cubierto de nieve. La puerta y la ventana están cerradas, pero por la chimenea sale humo, cosa que tranquiliza al viejo Hauser. Mas, al acercarse, distinguen un esqueleto de animal despedazado por las águilas, un gran esqueleto tendido frente la puerta.

Todos lo examinan: «Debe ser Sam» dicen, y llaman. «Eh, Gaspar». Desde el interior responde un grito, un grito agudo que parece exhalado por una bestia. Y el viejo Hauser repite: «Eh, Gaspar» y otro grito semejante al primero, se hace oír.

Entonces los tres primeros hombres, el padre y los dos hijos, procuran abrir la puerta. Ésta resiste; cogen en el establo una viga larga, y como ariete la lanzan con toda su fuerza. La madera cruje, cede, las planchas vuelan en mil pedazos, y un espantoso ruido sacude la casa. Detrás del aparador hecho añicos distinguen a un hombre de pie, a un hombre con cabellos que le caen por encima de los hombros y una barba que le llega al pecho, que los mira con ojos muy brillantes, y que cubre su cuerpo con jirones...

No lo reconocen; pero Luis Hauser exclama: «Es Ulrico, mamá». Y la madre, aunque la sorprenden los blancos cabellos, se convence de que es Ulrico.

Éste deja que se acerquen, que le toquen; pero no contesta a ninguna de las preguntas que le hacen. Y le llevan a Loèche donde los médicos declaran que ha perdido la razón.

Nadie ha sabido nunca lo que fue de su compañero.

Y la pobre Luisa Hauser, este verano ha estado a punto de morir de una enfermedad de tristeza y languidez que se atribuye al frío y a las nieves de la montaña.

TONICO

I

A DIEZ LEGUAS a la redonda se conocía al tío Tónico, Tónico el gordo, Tónico-mi-triple, a Antonio Macheblé, Brulote^[5] de apodo, el tabernero de Tournevent.

Había hecho célebre a la aldea hundida en un pliegue del valle que bajaba hasta la mar, pobre aldea compuesta de diez casas normandas rodeadas de fosos y de árboles.

Y las casitas estaban allí amontonadas, ocultas casi entre hierbas y juncos, detrás de la curva que había sido causa de que a aquel lugar se le llamase Toumevent^[6]. No parecía sino que, como los pájaros, habían ido a buscar asilo, en aquel hoyo para resguardarse de las borrascas y del viento fuerte y salado que todo lo destruye y quema cual si fuese fuego.

Pero, la aldea entera parecía pertenecer en propiedad a Antonio Macheblé, por mal nombre el Brulote, al que también llamaban Tónico y Tónico-mi-triple, a consecuencia de una frase que empleaba constantemente.

—Mi triple es el primero de Francia.

Su triple era su aguardiente, claro está.

Veinte años hacía que envenenaba a la comarca con su triple, pues cada vez que le preguntaban:

—¿Y qué vamos a beber tío Tónico?

Contestaba invariablemente:

—Un brulote, sobrino; eso calienta la tripa y aclara la cabeza: para el cuerpo no hay nada mejor.

También tenía costumbre de llamar a todo el mundo sobrino, por más que jamás hubiese tenido hermanos ni hermanas casados.

Y todo el mundo conocía a Tónico el Brulote, el hombre más gordo del cantón^[7] y tal vez de todo el distrito. Su casita parecía ridículamente pequeña y estrecha para contenerle, y cuando se le veía de pie ante su puerta, donde pasaba días enteros, la gente se preguntaba cómo se las componía para entrar en ella. Y en ella entraba cada vez que se presentaba un consumidor, pues Tónico-mi-triple estaba invitado por derecho propio a tomar su copita por cuenta de cuantos entraban a beber en su casa.

El letrero de su establecimiento decía: «La reunión de los amigos», y, efectivamente, lo era, pues el tío Tónico tenía amistad con todos los habitantes de la comarca. Para verle y reírse oyéndole, iban desde Fecamp y Montivilliers, pues aquel hombre gordo era capaz de hacer reír hasta a las mismas piedras. Tenía un modo tan especial de bromear con la gente sin ofenderla nunca, de guiñar los ojos para expresar lo que no decía, y de darse palmadas los muslos, que en sus accesos de alegría

obligaba a todo el mundo a reírse. Y además, sólo verle beber era curiosísimo. Bebía cuanto le ofrecían y bebía de todo con visible alegría en sus ojos cargados de malicia, alegría causada por la doble satisfacción de regalarse gratis, y además, de sumar un chato y otro.

Los burlones de la región le preguntaban:

—Tío Tónico, ¿por qué no se bebe la mar?

A lo que él respondía muy seriamente:

—Porque hay dos cosas que se oponen: primera, que es salada, y segunda porque tendría que embotellarla, pues mi abdomen no me permite doblarme lo suficiente para beber en esa taza.

Pero lo mejor era ver cómo se peleaba con su mujer. Era una comedia tan extraordinaria, que se hubiera pagado con gusto para presenciarla. Treinta años hacía que estaban casados y se peleaban todos los días, pero, con la diferencia de que, mientras ella lo tomaba en serio, Tónico lo tomaba a broma. Ella era una campesina enorme que andaba con movimientos de pájaro zancudo y levantaba la cabeza como un gato montés furioso. Pasaba el tiempo criando gallinas en un patio situado detrás de la taberna, y tenía fama por el modo que tenía de cebar las aves.

Cuando en Fecamp^[8] se daba una comida en casa de gente de la alta, para que la comida se celebrase preciso era que en ella se sirviese a un pensionista de la tía Tónica.

Pero, había nacido de mal humor y nunca estaba contenta. Furiosa contra el mundo entero, al primero que guardaba rencor era a su marido; y le guardaba rencor por su alegría, por su fama, por su salud, y por su habilidad para tratar a la gente. Le trataba de sinvergüenza porque ganaba dinero sin trabajar, porque comía y bebía como diez. No pasaba día sin que dijese:

—Un hombre así ¿no estaría mejor en la pocilga con los cerdos? Sólo al ver su grasa se me revuelve el estómago.

Y no se ocultaba para decirle:

—Espera, espera un poco, que ya veremos lo que sucederá. El día menos pensado revientas como un triquitraque^[9].

Tónico se reía con toda la boca, y dándose palmadas en el vientre contestaba:

—Procura engordar así a tus gallinas, y ya verás como te va bien.

Y arremangándose una manga enseñaba su enorme brazo, añadiendo:

—Ahí tienes un buen alón, ahí lo tienes.

Y los parroquianos, sin poderse tener de risa, daban puñetazos en la mesa, patadas al suelo, y en el delirio de su alegría escupían por el colmillo.

La vieja, enfurecida, repetía:

—Espera, espera un poco que ya veremos lo que sucederá. El día menos pensado revientas como un triquitraque...

Y acompañada por las carcajadas de los bebedores se marchaba rabiosa.

En efecto, ver a Tónico tan gordo, colorado y macizo, sorprendía. Era uno de esos

seres enormes en los cuales parece que la muerte se divierte con astucias, alegrías y bufonadas pérfidas, haciendo irresistiblemente cómico su trabajo de destrucción. En vez de aparecerse como a los demás seres, anunciándose por medio de los cabellos blancos, de la delgadez, de las arrugas, del agotamiento constante que hace exclamar «¡Diantre y cómo ha cambiado!», parecía complacerse engordando a Tónico, engordándole hasta el extremo de hacerle monstruosamente cómico, iluminándole de rojo y azul, haciéndole soplar y dándole apariencias de salud sobrehumana. Y las deformaciones que inflige a los seres, en vez de ser siniestras y lastimosas, en él eran risibles, extravagantes y divertidas.

—Espera, espera un poco —repetía la tía Tónica—; ya veremos lo que sucederá.

II

Y sucedió que Tónico quedó imposibilitado a consecuencia de un ataque de parálisis. Acostaron al coloso en una alcobita junto al café, a fin de que pudiese oír cuanto se dijese y charlar con los amigos, pues su cabeza se conservaba sana mientras su cuerpo, un cuerpo enorme, imposible de mover ni de levantar, estaba condenado a la inmovilidad absoluta. En los primeros tiempos se creyó que sus piernas recobrarían algunas fuerzas, pero esa esperanza no tardó en desvanecerse, y Tónico-mi-triple pasó los días y las noches en su cama, que sólo se hacía una vez por semana, y eso con la ayuda de cuatro vecinos que levantaban al tabernero, cogiéndole por los cuatro remos, mientras volvían y sacudían el jergón y los colchones.

Y a pesar de todo, conservaba su alegría, pero era distinta, más tímida, más humilde, sintiendo temores de niño ante su mujer, la cual pasaba los días quejándose.

—Ahí está, ahí está —decía—; ese gandul, ese sinvergüenza, ese borracho, ahí está. Buena, buena la has hecho.

Él no contestaba, contentándose con guiñar los ojos cuando la vieja volvía la espalda. Por lo demás, no podía hacer ningún otro movimiento.

Su mayor distracción consistía en escuchar lo que se decía en el café y en dialogar desde la cama con los amigos cuyas voces reconocía:

—¡He, sobrino! —gritaba—, ¿eres tú, Celestino?

Y Celestino Maloisel respondía:

—Yo soy, tío Tónico. ¿Cuándo galoparás, borricote?

—Galopar, todavía no; pero no adelgazo y la tripa no va mal.

No tardó en hacer que sus íntimos entrasen en la habitación y le hiciesen compañía por más que al ver que bebían sin él se desesperaba. Y repetía constantemente:

—Mi yerno, eso de no poder saborear mi triple me llega al alma. Lo demás me importa un pepino, pero eso de no beber...

Entonces la cabeza de gato montés de la vieja aparecía en la ventana y decía a gritos:

—Ahí lo tenéis, ahí lo tenéis, a ese sinvergüenza al cual es preciso dar de comer, lavar y limpiar como a un cerdo.

Y cuando la vieja había desaparecido, sucedía con frecuencia que un gallo con plumas rojas se asomaba a la ventana, miraba con sus ojos redondos y curiosos lo que pasaba en el interior de la habitación, y soltaba un sonoro ki-ki-ri-ki. Y a veces también una o dos gallinas volaban hasta los pies de la cama buscando las migas esparcidas por el suelo.

Los amigos de Tónico-mi-triple abandonaron pronto la sala del café para hacer tertulia alrededor del lecho del paralítico, pues aun enfermo como estaba, todavía les hacía reír. El maldito hubiera hecho desternillar al mismo diablo. Entre ellos había tres que acudían diariamente: Celestino Maloisel, alto, delgado y un poco torcido como el tronco de un manzano; Próspero Horslaville, delgadito, bajo con nariz de hurón y astuto como una zorra, y Cesáreo Paumelle que aun cuando no hablaba nunca no por eso dejaba de divertirse.

Traían una tabla del patio, la apoyaban en la cama, y allí jugaban partidas de dominó que a veces duraban desde las dos hasta las seis de la tarde.

Pero la vieja Tónica llegó a mostrarse insoportable y no podía tolerar que su marido continuara divirtiéndose y jugase al dominó desde la cama; así que, cada vez que veía una partida empezada, se ponía furiosa, tiraba la tabla, cogía las fichas y se las llevaba al café, diciendo que ya era bastante eso de dar de comer a aquel gordo cebón que no hacía nada, ni para nada servía, para tener que soportar aún que se divirtiese y burlase de los que pasaban el día trabajando.

Celestino Maloisel y Cesáreo Paumelle inclinaban la cabeza, pero Próspero Horslaville provocaba a la vieja y se divertía enfureciéndola.

Un día, viéndola más exasperada que de costumbre, le dijo:

—¡He, tía Tónica! ¿Sabe usted lo que yo haría si me encontrase en su lugar?

Ella, clavando en su interlocutor sus ojos de lechuza, esperó a que se explicase.

—Pues —añadió— como su hombre parece un horno, le haría empollar huevos.

La vieja se quedó estupefacta pensando que se burlaban de ella, y escudriñó la cara pequeña y astuta del Labrador, quien agregó:

—Le pondría cinco bajo un brazo, cinco bajo otro, y lo haría el mismo día que pusiera a empollar la clueca. Nacerían a un tiempo, y cuando los polluelos hubiesen roto el cascarón, se los daría a la gallina para que los criase. Y sería un negocio.

La vieja, desconfiando, preguntó:

—¿Eso puede ser?

—¡Ya lo creo que puede ser! ¿Por qué no ha de poder ser? Del mismo modo que se empollan huevos en una caja caliente, se pueden empollar en una cama.

Esta explicación le pareció muy razonable y se fue pensativa y tranquila.

Ocho días más tarde entró en la habitación de Tónico con el delantal lleno de

huevos. Y le dijo:

—Acabo de poner diez huevos en el nido de la rubia y te traigo otros diez a ti, procura no romperlos.

—Pero ¿qué quieres? —preguntó con asombro Tónico.

—Pues que los empolles, sinvergüenza.

Al principio se rió, pero como ella insistiese, llegó a enfadarse, quiso resistir, y se negó resueltamente a que le pusiese bajo los brazos los huevos aquellos que con su calor tenía que empollar.

Pero la vieja, furiosa, le dijo:

—Pues si no los tomas, no comerás. Ya veremos lo que sucederá.

Tónico, inquieto, no quiso contestar.

Cuando dieron las dos llamó pidiendo la sopa.

—No hay sopa para ti, gandul —le gritó la vieja desde la cocina.

Creyó que era una broma y esperó, luego rogó, suplicó, juró, dio puñetazos a las paredes, pero tuvo que resignarse a que se le metiesen cinco huevos en cada sobaco, Después se le dio la sopa.

Cuando sus amigos llegaron, creyeron que estaba muy mal, tan inquieto y molesto parecía.

Luego jugaron la partida diaria; pero Tónico, a juzgar por la lentitud y las precauciones con que extendía la mano para coger las fichas, debía de divertirse muy poco.

—¿Te han amarrado el brazo? —le preguntó Horslerville.

—Parece que tengo un peso en el hombro —respondió Toruca.

De pronto, alguien entró en el café y los jugadores callaron.

Eran el alcalde y su secretario que pidieron dos copitas de triple y se pusieron a hablar de cosas de la región, y como conversaban en voz baja Tónico se quiso enterar de lo que decían, y olvidándose de los huevos hizo un movimiento brusco para pegar la oreja a la pared. Y se echó sobre una tortilla.

Por el taco que soltó, la vieja adivinó el desastre y lo descubrió; primero quedó inmóvil, indignada, demasiado sofocada para hablar ante aquella cataplasma amarilla pegada al costado de su marido.

Luego, temblando de rabia, se lanzó sobre el parálítico y empezó a golpearle el vientre, y sus manos caían una tras otra, con ruido sordo y como si estuviese lavando ropa en la charca.

Los amigos de Tónico reventaban de risa, tosían estornudaban, daban gritos; mas, el hombre, muy sofocado, paraba prudentemente los ataques de su mujer para no romper los cinco huevos que tenía al otro lado.

III

Tonico fue vencido: tuvo que empollar y que renunciar a las partidas de dominó, renunciando al mismo tiempo a todo movimiento, pues la vieja, cada vez que rompía un huevo, le cortaba los víveres con terrible ferocidad.

Pasaba las horas echado boca arriba, con los ojos fijos en el techo, inmóvil, con los brazos levantados como alas, y calentando con el calor de su cuerpo los gérmenes encerrados en los blancos cascarones.

Hablaba en voz baja como si temiese tanto al ruido como a los movimientos, y se informaba sobre la rubia que en el gallinero hacía el mismo trabajo que él.

Y le preguntaba a su mujer:

—¿La rubia come por la noche?

Y la vieja iba de las gallinas a su marido obsesionada, poseída por la preocupación de los polluelos que maduraban en el nido y en la cama.

Las gentes de la región que conocían la historia, venían, curiosos y muy serios, a informarse sobre el estado de Tónico. Entraban en su habitación andando de puntillas, como se entra en el cuarto de un enfermo, y preguntaban con interés:

—¿Cómo va?

—No va mal, no va mal —respondía Tónico—; pero parece que un regimiento de hormigas se me pasea por la piel.

Ahora bien, una mañana entró su mujer, y con visible emoción le dijo:

—La rubia tiene siete. Había tres huevos malos.

El corazón de Tónico latió con violencia. Él, ¿cuántos tendría? y preguntó:

—¿Será pronto?

—Así lo espero —contestó la vieja, torturada por el temor de un fracaso.

Y esperaron. Los amigos, enterados de lo que debía ocurrir, se mostraban inquietos; de la cosa se hablaba en todas las casas, y la gente se informaba de puerta en puerta.

A eso de las tres, Tónico se quedó medio dormido, pues pasaba durmiendo la mayor parte del tiempo. Un inusitado cosquilleo debajo del brazo izquierdo le despertó repentinamente, y llevando allí la mano derecha, cogió a un pollito cubierto de vello amarillo que se agitaba entre sus dedos.

Tan grande fue su emoción, que empezó a chillar, y soltó el polluelo que se puso a pasearse por el pecho. El café estaba lleno de gente, los bebedores se precipitaron, invadieron la habitación, formaron círculo alrededor de la cama como suele hacerse alrededor de un saltimbanqui, y la vieja cogió con mil precauciones al animalito, que se había refugiado entre las barbas de su marido.

Nadie hablaba. Era un día de abril, cálido, y por la ventana se oían los cacareos de la clueca llamando a los recién nacidos.

Tónico, que sudaba de emoción, de angustia y de inquietud, murmuró:

—Tengo otro debajo del brazo izquierdo.

Su mujer metió en la cama su descarnada mano, y, con precauciones de comadrona, sacó a la luz el segundo polluelo.

Los vecinos quisieron verlo, y todos se fijaron en él tan atentamente como si se tratase de un fenómeno.

Durante veinte minutos no nació ninguno, pero luego salieron cuatro a un tiempo.

Aquello provocó una tempestad de rumores, y Tónico, satisfecho con su éxito, sonrió enorgullecido por su extraña paternidad. Al fin y al cabo, lo que hacía no se había visto hasta entonces... ¡Qué casta de hombre!

—¡Seis! ¡Santo Dios, qué bautizo! —gritó.

Los presentes soltaron la carcajada. El café estaba lleno, y ante la puerta esperaba mucha gente. Todos preguntaban:

—¿Cuántos hay?

—¡Hay seis!

La tía Tónica llevaba a la clueca su nueva familia, y la gallina cocleaba a más no poder, erizaba las plumas y extendía sus alas para abrigar a su creciente prole.

—¡Uno más! —gritó Tónico.

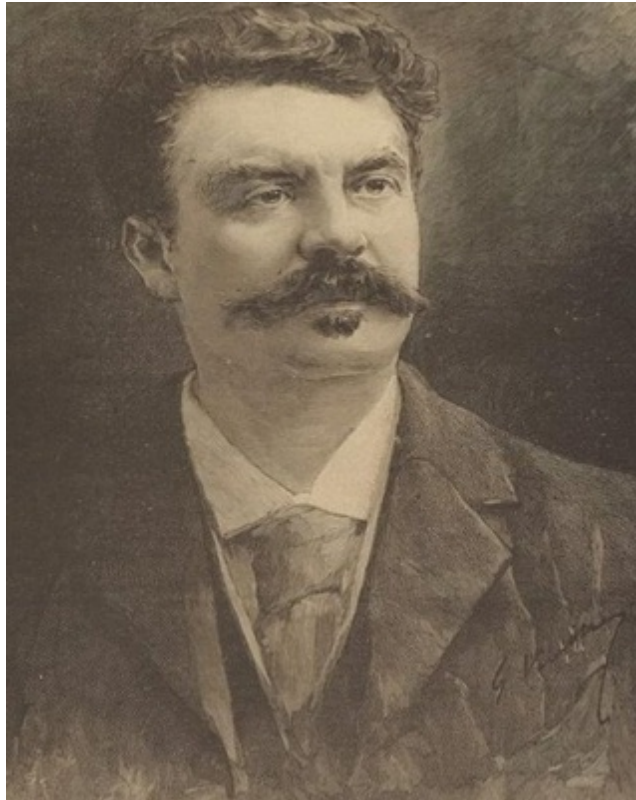
Pero se había equivocado, ¡eran tres! Aquello fue un triunfo... El último rompió el cascarón a las siete. ¡Todos los huevos eran buenos! Y Tónico, enloquecido por el contento, libre y feliz, besó al animalito, al que por poco ahoga entre sus labios. Quiso guardarle con él, en su propia cama, hasta el día siguiente; pero la vieja se lo llevó, como se había llevado a los demás, sin hacer caso de las súplicas de su marido.

Los asistentes, encantados, se fueron hablando del suceso, y Horslerville, que se quedó el último preguntó:

—Di, tío Tónico, ¿me convidas a comer el primero?

Al oír la palabra comida, el rostro de Tónico se iluminó, y dijo:

—Pues ya lo creo que te convidó, sobrino, faltaría más...



GUY DE MAUPASSANT (Miromesnil, 1850 - París, 1893) fue un prolífico autor que escribió multitud de cuentos cortos y algunas novelas, y eso que sólo vivió 43 años. Con una madre muy protectora y un padre ausente, fue un chico atlético que sin embargo pronto comenzó a tener problemas de salud. Intelectualmente fue pronto acogido por Flaubert. Participó en la guerra franco-prusiana en 1870, cosa que le marcó en sus relatos. Los temas recurrentes de su obra es un fuerte pesimismo, poca confianza en la naturaleza humana, con una gran atención al detalle, a la naturaleza. Sus relatos de terror son especialmente turbadores, fiel reflejo de su personalidad, a lo que hay que sumar sus citados problemas de salud. En sus varios intentos de suicidio antes de su muerte, vemos la obsesión por la muerte en Maupassant, cosa que no puede dejar de observarse en estos relatos.

Notas

[1] EL HAVRE, (en francés Le Havre), ciudad del noroeste de Francia situada junto al canal de la Mancha, en la desembocadura del río Sena, en Normandía. Maupassant, oriundo de la región, conocía muy bien sus pueblos y sus gentes, retratadas en el primer cuento y en el último de esta antología. <<

[2] BOULOGNE-SUR-MER, ciudad del norte de Francia, a orillas del canal de la Mancha. Es puerto con una antigua tradición pesquera. De él partieron los romanos para invadir Bretaña. <<

[3] BARREDERA, redes que arrastran este tipo de barcos descritos por Maupassant, también llamados jábegas. <<

[4] ORZAR, inclinar la proa del barco hacia la parte de donde viene el viento. <<

[5] BRULOTE es la castellanización de brulot, palabra francesa que significa aguardiente. Ése es otro de los apodos de Tónico, Tónico «el Aguardiente». <<

[6] TOURNEVENT deriva del verbo francés tourner (dar vueltas, girar). Probablemente es una palabra compuesta de la tercera persona del singular del presente de dicho verbo más el sustantivo vent (viento), que se podría traducir como «vuelvevientos», «donde el viento gira», o, mejor, imitando a Torrente Ballester, «donde da la vuelta el aire». <<

[7] CANTÓN, división administrativa del territorio francés. <<

[8] FECAMP, población normanda donde nació Maupassant. <<

[9] TRIQUITAQUE, petardo, cohete. <<